presidente, un vicepresidente, un secretario y un prosecretario, con el sueldo de $200.00 mensuales que después le asignó a cada uno.

-x-x-x-

-POLITICO-

El gobierno del señor Alvarez no era tan difícil por el programa que le imponía el Plan de Ayutla, sino por las interpretaciones e iniciativas en que abundarían los extremistas iniciados en la nueva política.

Efectivamente, constituir a la nación bajo el sistema representativo popular, como mandaba el artículo 5° del Plan, resultaba de tal modo trillado, que corría parejas con el de meterla en el carril del centralismo, ensayado antes por otros planes político-facciosos, pues bien se sabía que el centralismo no necesitaba de disfraces y que cuando se implantaba el federalismo se practicaba el centralismo; por lo cual todo iba a quedar igual o peor que estaba.

Contenía el repetido Plan otro resbaladero, consistente en que sus artículos 3° y 9° eran contradictorios entre sí: aquél por adelantado y éste por bárbaro, puesto que el primero exigía del gobernante la obligación estricta de respetar las garantías individuales y el segundo le autorizaba para tratar como a enemigos de la independencia nacional a las personas que se opusiesen a los principios proclamados.

La lluvia de interpretaciones e iniciativas en pro y en contra de lo que se habría de hacer abrumaron a Ocampo y Prieto, que renunciaron a sus respectivas carteras el uno tras del otro, mientras que el repatriado liberal Panciano Arriaga pretextaba cualquier cosilla desde San Luis Potosí para no aceptar la oferta que se le hizo de una de estas vacantes.

Menos de un mes contaba de inaugurado el gobierno, cuando las impaciencias, la escasez de dinero, las intrigas y las

ambiciones lo hacían bambolearse; muchos revolucionarios clamaban contra aquel caós que amenazaba frustrar los esfuerzos y las esperanzas; y el clamor, que partía de las mismas esferas oficiales, repercutía por todas partes con detrimento de la respetabilidad y representación del presidente interino.

En media del desconcierto general se destacaban dos personalidades prominentes: don Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, residente en su capital, y don Ignacio Comonfort, ministro de Guerra y Marina, quien desde el 9 de octubre representaba en la ciudad de México al gobierno general, que se encontraba en Cuernavaca.

Al señor Doblado le escribían sus amigos, como quien escribe a su consejero, informándole minuciosamente de cuanto pasaba, de lo que pasaría y de lo que ellos deseaban que pasara. Estos amigos eran: Juan de Dios Arias, Manuel Siliceo, Rafael Martínez de la Torre y Lorenzo M. Ceballos, residentes en México, y Ponciano Arriaga, que se encontraba en San Luis Potosí como repatriado político; y al señor Comonfort lo asediaba un grupo, encabezado por Siliceo, sugiriéndole que le diera de mano al presidente interino y que se pusiera él al frente de la situación, para lo cual podía contar con los elementos que acudirían en su apoyo al primer llamado que se les hiciera.

El presidente interino, que había salido de Cuernavaca y caminaba con mucha cautela, llegó a Tlalpan o San Agustín de las Cuevas el 4 de noviembre y se detuvo en esta población algunos dias, temiendo al fantasma de los pronunciamientos militares; entró en México el dia 15, dió un manifiesto y se volvió a Tlalpan.

De la correspondencia que se cruzaba entre los políticos que acabamos de mencionar, tomaremos lo que hay en ella de más juicioso, para mejor memoria de lo que pasaba en aquel tiempo de inquietud:

Comonfort llegó a México el día 8 y se mantuvo en Tlalpan el 9.

Ceballos decía en su carta de 10 de noviembre a don Manuel Doblado: "La camarilla que asiste al Sr. Álvarez sacó varias órde-
"nes, entre ellas la de compra de cañones, por valor de 250,000
"(pesos). El Sr. Comonfort se disgustó de la ocurrencia y se di-
"rigió á Tlalpan á presentar su renuncia. He sabido que no se le
"admite;"...

"La situación de la República no puede ser peor, cuando por to-
"dos lados amenaza la escisión y cuando hasta los Estados más in-
"mediatos al Centro desconocen al Gobierno General, para sus de-
"liberaciones."

Martínez de la Torre interpretaba el público sentir expresándose en estos términos: "todo el mundo confiesa que la edad y es-
"tado de salud del Sr. Álvarez, dejando á un lado otras conside-
"raciones, no le permiten hacer un buen Presidente en una época
"en que los vencedores y vencidos necesitan enfrenarse para no
"caminar violentamente á la escisión." (Carta de 17 de Nov.)

Comonfort, que solía escribir al influyente gobernador de Guanajuato y se holgaba de llamarlo amigo, le trataba de la política del dia en los términos conciliadores y modestos que enpiamos en seguida:

"Me he impuesto de la estimable de U., fecha de anteayer, que
"por extraordinario he recibido, y á la verdad que han pasado
"algunos dias antes que pudiera resolver lo que debía contestar-
"le, porque los puntos que me toca en ella son tan graves, las
"circunstancias que nos rodean, tan difíciles, que una determi-
"nación poco meditada, podría, en vez de salvarnos, conducirnos
"á la más completa ruina.

"Tengo muy presentes las diversas manifestaciones que se ha
"servido hacerme de cuáles son sus ideas respecto de la cosa
"pública.....y le he demostrado,.....el acuerdo que existe

"entre nosotros, así en principios como sobre la elección de me-
"dios para levantar la situación y hacer algo bueno en favor de
"este desgraciado país. Pensando, pues, bajo unas mismas influen-
"cias, cada uno á su vez examina esa misma situación, ve el plan
"de Ayutla y ve la marcha actual de la administración, y al fin
"convenimos desde luego en que va muy atrás de lo que, según a-
"quél, debiera ser; comprendemos que de este modo se llenan muy
"á medias las exigencias de la época y calculamos que, si con em-
"peño no se trabaja en allanar el camino, destruyendo los obstá-
"culos que lo embarazan, más que probable es que la Nación llegue
"á verse en un conflicto supremo.

"Sin embargo, tales circunstancias, que son hijas, en mi concep-
"to, de diversas causas, en el de U. no conocen otro orígen que el
"actual personal del Gobierno, que, considerándolo sin prestigios,
"cree que debe variarse entrando yo á reemplazarlo, porque se me
"supone el hombre llamado por el voto público para dirigir la na-
"ve del Estado. Agradezco ciertamente el elevado concepto que de
"mí tiene U. y lo estimo tanto más cuanto que recibo una nueva
"prueba de su amistad, que me honra demasiado. Pero aun dando por
"cierto que tal fuera la idea que de mí se tuviera en todo el pa-
"is, se opondrían mil consideraciones justísimas á un paso como
"el que U. me indica; por ejemplo, ¿sería decente que yo empujase
"al Sr. Alvarez á las montañas del Sur para ocupar en seguida un
"puesto que le destinó ya la Providencia? no, sin duda. Además, U.
"no puede desconocer estas dos verdades: primera, que el estado en
"que la revolución, al triunfar, encontró al país, era tan embara-
"zoso, que difícilmente habría hombre, por grande que fuera su po-
"pularidad, por privilegiada que fuera su inteligencia, que no se
"viera detenido ante la infinidad de elementos contrapuestos que
"impedían la iniciación momentánea de las reformas que ofrece el